

LA PROTESTA

Año 18

Precio: 5 ctvs.

Buenos Aires, Martes 7 de Octubre de 1913

(PORTE PAGO)

Núm. 2061

Las grandes huelgas de Berazategui y Punta Alta

En Berazategui la policía otra vez se ha hecho combatiente

Asamblea para hoy - Varios presos - La compañera de Panizza dona la mitad de su suscripción

LA REUNION DE DELEGADOS DE ESTA NOCHE

Dos conferencias mañana miércoles a las 8 p. m. en Irala 1745 y Humberto I 2200

Momentaneamente — y quizá definitivamente, si el giro que van tomando las cosas se confirma, respetando la policía el derecho de reunión y poniendo en libertad a los presos que faltan — el peligro de la huelga general parece conjurado. No hay que hacerse ilusiones, sin embargo, pues en Berazategui queda aún al frente de la fuerza, el comisario combatiente de apellido de mujer — Elena —, quien se empeñará sin duda en hundir a los hermanos presos, como está empeñado en hundir al compañero Carrani que llevó allí un manifiesto protestativo de sus grandes y muchos abusos; y en esta capital, asimismo, la policía combatiente de orden social, ha empezado sus batallas contra la Sociedad de Oficios Varios de Berazategui, deteniendo el sábado, después de salir de la reunión de delegados, al compañero Herrero, delegado a la Federación de aquella sociedad.

Esta actitud combatiente, de ataque a la sociedad de oficios varios de Berazategui que agrupó a los obreros vidrieros de aquella localidad, en que persiste la policía, puede volver a reagravar el conflicto, pues los obreros incluirán sin duda los nombres de estos dos presos, caídos por la causa de ellos, entre los que han de ser libertados; y la policía tal vez no quiera ceder, encastillándose en su añejo rencor contra los dirigentes obreros a quienes atribuye la existencia de eso que no quiere en el país: las huelgas. El proletariado debe estar, pues, atento, porque la policía no es neutral, sino que se ha antepuesto al mismo Rigolleau como combatiente contra la sociedad de oficios varios, y esto, de continuar, puede dejar en pie un conflicto mucho más grave.

El ministro, de acuerdo con las exigencias de la Federación, había prometido ya, y los que se habían visto obligados a dejar a Berazategui por causa de la fobia policial de los días anteriores, podían volver confiando en su palabra. Después de esto, en esta capital, la policía de aquí defiende al delegado nada menos de los obreros de Berazategui, interviniendo brusca e inopinadamente como combatiente! El señor ministro ha fallado a su palabra o la policía ha hecho traición; y en los dos casos se ha interpuesto estúpidamente un obstáculo a la solución definitiva del conflicto general. El motivo de éste, debe tenerlo en cuenta la policía de la capital, era la actitud descaradamente combatiente de su congénere de la provincia: lo que lo alejó, momentaneamente, fué la evolución hacia la actitud neutral; lo que lo desarmará por completo será la entrada sincera por esta senda, que no es otra que la de los respetos a los derechos del trabajador y el reconocimiento de su voluntad de volgar u organizarse en resistencia, sin rencor de parte de la policía.

¡Avisada la policía y los trabajadores!

Nos toca decir dos palabras, ahora, acerca de lo que ha evitado realmente el extremo de la huelga general. De la inminencia de ésta no es necesario que hablemos, pues lo mismo que nosotros lo sabía el gobierno y la policía. De su posible extensión o intensidad, dejáremos que hablen los socialistas y sindicalistas, conformándonos con decir que de estas cosas no se puede saber hasta donde llegarán y que existía un gran ambiente de indignación contra la policía del estado de Buenos Aires. Quizá mejor que nosotros, y que los socialistas y sindicalistas lo haya visto el gobierno, que envió personalmente un ministro y dió máquina atrás al tren veloz de atropellos y brutalidades sin cuento que llevaba la policía. No nos vanagloriemos, pues, de posibilidades.

Aceptemos los hechos, y estos son bien honrosos para la Federación, tanto por el mesuramiento enérgico de su procedimiento, como por su decidida voluntad de ir a los hechos, si era preciso. Esta voluntad que todos han sentido alrededor de sí, manifestada sin jactancias, y nada exterior por lo tanto, nada prendida de afuera, como los ramilletes, sino alentada interiormente, produciría — ¡lo sabemos! — en toda la sociedad, un doloroso oprimiento. El sábado, el diario socialista, intentaba complacerse con la visión política; pero lo hacía tan sin nervio, tan sin éxito, como el que se pone a silbar para alejar terrores subjetivos... Era un síntoma. Y había, además, muchos otros síntomas: la indecisión policial, que aquí siempre ha oficiado de policía bravía; las páginas enteras de los diarios burgueses — entre los cuales debemos mencionar al diario «Roma», que ha ayudado a hacer primar el buen concepto —; la misma gravedad tranquila de la Federación, y el sometimiento del asunto a los delegados de las sociedades, ya sin ningún temor al copo policial que habría determinado por sí mismo la producción y la extensión inesperada del movimiento. Aquí, en LA PROTESTA, no incitábamos, razonábamos: prueba evidente de que el movimiento no partía de nosotros sino de los obreros verdaderamente, lo que hacía el caso sumamente grave. No era alharaca nuestra, gritaría o sonar de discos de oro o bronce del idioma: era silencio y preparación, razonamiento y necesidad de convencer; fuerza inmanifiesta, pero de la cual había lleno un gran acumulador... Todo esto, obrando sobre el ambiente y convirtiéndolo a su vez, como un transformador de la energía psíquica, determinó a obrar al ministro del gobierno rehacia, a trasladarse a Berazategui, y hacer a la Federación las concesiones posibles antes de la reunión de delegados, del sábado. Después de esto, nos sentimos todos respirar, como librados de una gran opresión.

porque sentíamos que la lucha iba a ser encarnizada y terrible y además estábamos convencidos de su fatalidad irremediable...

Bien, pues; se pudo conocer en la gestación y en los pasos de este movimiento, el beneficio inapreciable de existir un diario anarquista, que por la fuerza ha de ser parco en estos asuntos tan extremadamente graves y cuya prédica ha servido para estimular a la prensa, ciega para ver estas cosas y estúpida por naturaleza para comprenderlas. Si nuestro diario, como parece hubo la intención, hubiera sido clausurado, el movimiento estalla inevitablemente, porque hubiera fallado esta parte del combate, todavía posible, y el medio de la fuerza se hubiera impuesto como una fatalidad, originado por la fuerza misma. No había dirección, no éramos nosotros que teníamos en las manos este movimiento nacido contra la fatalidad de la Ley Social; y de ahí que hubiera sido estupidez quitarnos a nosotros que podíamos haber renovado con la pluma, como lo hicimos, esa fatalidad, esa mole, ese peso enorme que oprimía a los trabajadores hasta la locura y la desesperación...

También ha evitado que se produjera la huelga general, la libertad relativa permitida a la Federación; las asambleas, las reuniones de comisiones y de delegados; la amplia discusión, en fin, de los mismos interesados, de acuerdo con los principios de autonomía de la Federación y de la libertad para tratar estas cuestiones que existen en todo país. No debemos ocultar que el día viernes el Comité de huelga general que se había nombrado antes tenía el propósito de declarar la huelga y aun los manifiestos hechos y a salvo, distribuidos estratégicamente y todos los trabajos realizados en esta capital y el interior; pero el Consejo Federal, con verdadero sentido de las circunstancias, sabiendo que la huelga general de todas maneras se haría, porque no dependía del Consejo ni del Comité, sino que estaba gestada por los atropellos de Berazategui y por el intento de implantar con toda su barbarie la Ley Social, se negó a delegar en ese Comité la facultad, decidiendo someterlo a las sociedades...

Interin llegó la asamblea de delegados, el Consejo Federal hizo lo que ya sabe: envió a Barrera a Berazategui a entrevistarse con el ministro, y éste dió máquina atrás al abuso de la Ley Social, quedando de hecho restablecido el derecho de reunión.

En resumen, una cosa sola ha evitado los hechos necesariamente muy graves que pudieron haber ocurrido: la libertad.

Este ensayo debe tenerlo en cuenta el gobierno. Y para la Federación, en cuanto a ponerlo todo en manos de las sociedades, y reservarse sólo el Consejo Federal las gestiones indispensables para no obligar a aquellas a un esfuer-

zo innecesario, encierra la misma enseñanza.

Es extraño, y ello da muestra de la inteligencia de la policía, que ésta no lo comprenda todavía, y vuelva a meterse a combatir, deteniendo al compañero Herrero.

La terminación, con bien, aunque momentaneamente, de este grave conflicto, ha afectado a algunos. Aquí hemos de entrar en el dominio de la paradoja, pues, es paradoja todo. Los afectados no son otros que los socialistas, enemigos acérrimos de la huelga general y que reducen toda cuestión de los pueblos a «poder» y «saber»-votar como decían en un sueldo de «La Vanguardia». Les ha desplacido enormemente que en esta primera lucha sería por el derecho de reunión, trabada directamente de la Federación al gobierno — o mejor dicho del gobierno a la Federación — ésta última pudiera salir con bien, sin tener que destrozarse en una huelga general, para la que de todas maneras estaba dispuesta. Siempre se afectan esos señores-ciudadanos — como les llama nuestro corresponsal de Punta Alta — cuando los movimientos graves tienen una solución, lo que no les impide combatir contra estos movimientos, amando el orden sobre todas las cosas. Si la Federación, con el sentido de la actualidad, que no es otro que el de la obtención por hoy de las cosas relativas — aunque por los mismos obreros, y no por la política ni los diputados, en lo que diferimos de ellos — aconseja pasar por los triunfos relativos, que dejan en pie a la organización obrera y que evitan un esfuerzo exagerado para obtener tal vez un punto más; los socialistas, pobres fracasados que ni aun esto obtienen, se tornan revolucionarios como el diablo, y como en la primera huelga de Berazategui, buscan su «vidriero gijonés» para incitar al descontento, intrigar y meter cizaña... sin perjuicio de retirarse prestamente si se les lleva el apunte y los obreros trabajados por su insidia, se convierten en revolucionarios! En Rosario, ellos, los socialistas, proclamaban la huelga general después que la Federación Rosarina la daba por terminada. Aquí, ahora, después que la huelga general está casi solucionada — con la libertad de algunos presos, el derecho de reunión, y las demás cosas que se exigían para solucionarla del todo — ellos quedan afectados y gruñendo porque la Federación les ha robado el espectáculo, y además les quita la ocasión de hacer después campaña, cuando todos estuviéramos presos y derroitados, como para el contenido, contra la acción directa y en pro de la insignificante acción política...

¿Están bravos contra la Federación? ¿Estos colmilludos a quienes el presupuesto les ha puesto los dientes largos, descaban la huelga general? ¿Entonces por qué no lo hicieron y nos hubiéramos

